

Compasión y generosidad

Dr. Justo L. González



El Discípulo 2.4 (9 de 13)

Lucas 16.19-31

26 de enero de 2014

TEXTO ÁUREO

«El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto».

—Lucas 16.10

JESÚS Y EL REINO DE DIOS

Compasión y generosidad

RVR**VP****Lucas 16.19-31**

¹⁹ Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino y hacía cada día banquete con esplendidez.

²⁰ Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta de aquel, lleno de llagas,

²¹ y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; y aun los perros venían y le lamían las llagas.

²² Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado.

²³ »En el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de

Lucas 16.19-31

¹⁹ “Había un hombre rico, que se vestía con ropa fina y elegante y que todos los días ofrecía espléndidos banquetes.

²⁰ Había también un pobre llamado Lázaro, que estaba lleno de llagas y se sentaba en el suelo a la puerta del rico.

²¹ Este pobre quería llenarse con lo que caía de la mesa del rico; y hasta los perros se acercaban a lamerle las llagas.

²² Un día el pobre murió, y los ángeles lo llevaron a sentarse a comer al lado de Abraham. El rico también murió, y fue enterrado.

²³ “Y mientras el rico sufría en

lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno.

24 Entonces, gritando, dijo: “Padre Abraham, ten misericordia de mí y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama”.

25 Pero Abraham le dijo: “Hijo, acuérdate de que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro, males; pero ahora este es consuelo aquí, y tú atormentado.

26 Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quieran pasar de aquí a vosotros no pueden, ni de allá pasar acá”.

27 »Entonces le dijo: “Te ruego, pues, padre, que lo envíes a la casa de mi padre,

28 porque tengo cinco hermanos, para que les testifique a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento”.

29 Abraham le dijo: “A Moisés y a los Profetas tienen; ¡que los oigan a ellos!”.

30 Él entonces dijo: “No, padre Abraham; pero si alguno de los muertos va a ellos, se arrepentirán”.

31 Pero Abraham le dijo: “Si no oyen a Moisés y a los Profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos”».

el lugar adonde van los muertos, levantó los ojos y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro sentado a su lado.

24 Entonces gritó: ‘¡Padre Abraham, ten lástima de mí! Manda a Lázaro que moje la punta de su dedo en agua y venga a refrescar mi lengua, porque estoy sufriendo mucho en este fuego.’

25 Pero Abraham le contestó: ‘Hijo, acuérdate que en vida tú recibiste tu parte de bienes, y Lázaro su parte de males. Ahora él recibe consuelo aquí, y tú sufres.

26 Aparte de esto, hay un gran abismo entre nosotros y ustedes; de modo que los que quieren pasar de aquí allá, no pueden, ni de allá tampoco pueden pasar aquí.’

27 “El rico dijo: ‘Te suplico entonces, padre Abraham, que mandes a Lázaro a la casa de mi padre,

28 donde tengo cinco hermanos, para que les llame la atención, y así no vengan ellos también a este lugar de tormento.’

29 Abraham dijo: ‘Ellos ya tienen lo escrito por Moisés y los profetas: ¡que les hagan caso!’

30 El rico contestó: ‘Padre Abraham, eso no basta; pero si un muerto resucita y se les aparece, ellos se convertirán.’

31 Pero Abraham le dijo: ‘Si no quieren hacer caso a Moisés y a los profetas, tampoco creerán aunque algún muerto resucite.’ ”

Introducción

Con esta lección terminamos una serie de dos unidades o nueve lecciones sobre el Evangelio de Lucas. La semana entrante empezaremos una nueva unidad sobre Santiago. Lo que Santiago dice reafirma mucho de lo que hemos leído en Lucas.

La presente lección gira en torno a una de las más conocidas parábolas de Jesús. Muchas veces sucede que conocemos un pasaje tan bien y lo hemos escuchado tantas veces, que pensamos que ya sabemos lo que dice. Es como si ya Dios no tuviera nada nuevo que decirnos. Tal es el caso de esta parábola, tan contada y recontada no solo verbalmente, sino en el arte cristiano. Ciertamente, mucho de lo que ya sabemos acerca de ella es verdad. El poder de la Palabra de Dios —y de manera particular de las parábolas de Jesús— está precisamente en que, por mucho que la hayamos escuchado y estudiado, siempre tiene algo nuevo que decirnos.

Al estudiar esta parábola trataremos, por una parte, de reafirmar lo que ya sabemos acerca de ella y sus enseñanzas. Por otra parte, ver qué nos dice nuevo, en qué modos nos reta y nos llama a una nueva obediencia.

Un buen modo de abrir la clase puede ser buscar cuadros e imágenes acerca de la historia de Lázaro y tenerlos listos para que los estudiantes los vean al llegar. Esto bien puede hacerse mediante una computadora, de modo que se vayan viendo sucesivamente diversas imágenes.

A la hora de empezar la clase, se puede preguntar si los participantes saben de qué tratará la lección de hoy. En lugar de estudiar el pasaje bíblico de inmediato, se les puede invitar a recontar la parábola y lo que enseña. Partiendo de ese punto, se puede pasar al texto bíblico, de modo que notemos lo que se nos había olvidado al contar la parábola.

Análisis de la Escritura

Lucas 16.19-31

v. 19: *un hombre rico púrpura lino fino cada día banquete con esplendidez*: Con todo esto Jesús está señalando que no se trata solamente de un hombre acomodado, sino de lo que hoy llamaríamos un «súper rico». La *púrpura* se extraía en la costa oriental del Mediterráneo de unos pe-

PROPÓSITO

Hacer ver que la parábola no trata solamente acerca de la responsabilidad de ayudar a las personas necesitadas, sino acerca de la fe y la obediencia como dos caras de la misma moneda. Esto quiere decir que frecuentemente nos escudamos tras la falta de pruebas para no hacer lo que debemos, aun cuando lo sabemos de sobra y que por no hacer lo que debemos nuestra fe flaquea.

queñísimos moluscos que —como los calamares y los pulpos— tienen sacos de tinta para esconderse de sus enemigos. Dado el tamaño de tales moluscos y la escasa tinta que podía extraerse de cada uno de ellos, la púrpura era uno de los materiales más costosos en la antigüedad. Las ropas teñidas de púrpura eran señal de tal opulencia que en el Imperio Romano se establecieron leyes acerca de quién podía vestir de púrpura y quién no. El *lino* era una de las telas más costosas que existían entonces —como sucede todavía hoy. Una manera en que los ricos ostentaban sus riquezas era celebrando banquetes espléndidos. Este súper rico, que vestía de púrpura y de lino, no solo celebraba banquetes espléndidos, sino que lo hacía *cada día*.

v. 20: *Lázaro*: El nombre quiere decir «Dios ayuda» y posiblemente Jesús se lo da para señalar que, si el rico no ayuda a Lázaro, Dios sí lo hará.

.... echado a la puerta lleno de llagas ansiaba saciarse de las migajas aun los perros: De igual manera que Jesús describió al otro como súper rico, ahora describe a Lázaro como súper pobre. Lázaro no tiene albergue alguno, sino que está *echado* a la puerta del rico. El estar *lleno de llagas* no se vería solamente como una enfermedad, sino como una impureza ritual, de modo que Lázaro sería despreciado no solo por su pobreza, sino también por su inmundicia. Los *perros* eran considerados impuros, como los cerdos y su presencia hace la condición de Lázaro aun más patética. No está claro si el que desearan lamer las llagas de Lázaro es señal de que Lázaro tenía que defenderse de ellos o si es señal de que se compadecían de él. En este último caso, la dureza del rico contrasta con la dulzura de unos animales supuestamente inmundos.

v. 22: *.... murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles murió también el rico, y fue sepultado*: Nótese el paralelismo así

BOSQUEJO DE LA LECCIÓN

- I. La parábola contrasta al rico con Lázaro (Lc 16.19-31).
 - A. En su vida.
 - B. En su muerte.
- II. La parábola nos llama a responder a las necesidades de las demás personas.
- III. La parábola nos advierte que la fe y la obediencia van mano a mano.
- IV. Si no obedecemos, bien puede ser porque no creemos y si no creemos, bien puede ser por no obedecer.

como el contraste entre la suerte del rico y la del mendigo. Ambos mueren. Pero Lázaro es *llevado por los ángeles al seno de Abraham* mientras el rico sencillamente *fue sepultado*. Mientras Jesús nos dice quién se ocupó de Lázaro —¡nada menos que los ángeles!— del rico dice solo que *fue sepultado*. Alguien se ocupó de él, pero ni siquiera se nos dice quién fue ese «alguien».

v. 23: *En el Hades*: La palabra «Hades» era el nombre que se le daba en griego al lugar de los muertos. Es otra manera de refe-

rirse a lo que tanto el Antiguo Testamento como muchos pasajes en el Nuevo llaman el «Seol». Es también el «Tártaro» que aparece en griego en 2 Pedro 2.4, y que RVR traduce como «infierno». Aunque no siempre se habla de él en la Biblia como lugar de castigo, sino más bien como un lugar tenebroso de una semi existencia, no cabe duda de que en este pasaje es un lugar de castigo.

Estos versículos se emplean frecuentemente para tratar de describir cómo es el infierno y para afirmar la gran distancia (*una gran sima*, v. 26) entre el cielo o *el seno de Abraham* y el infierno. Lo que es más, hay quien construye toda una descripción del cielo y del infierno basándose casi únicamente en ellos. En realidad, la parábola trata sobre otra cosa y hacemos mal en tomarla literalmente como una descripción del cielo y del infierno, de igual modo que erramos si pensamos que de veras había un mendigo llamado Lázaro.

v. 24: *envía a Lázaro*: El orgullo del rico es tal que todavía en el infierno, viendo a Lázaro en el cielo, piensa que Lázaro está allí para servirle y para responder a sus deseos —tema que se repite en el versículo 27. El hecho de que llama a Lázaro por nombre da a entender que en vida estuvo bien enterado de este mendigo que yacía fuera de sus puertas y de cuyas necesidades él no se ocupaba. El rico no puede pretender que no sabía lo que estaba aconteciéndole a Lázaro.

v. 25: *recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro, males; pero ahora este es consolado aquí, y tú atormentado*: Las condiciones de ambos se han trastocado. Quien recibió bienes ahora sufre; y quien

recibió males ahora es consolado. Esto nos recuerda las bienaventuranzas y ayes que estudiamos en la lección 20 y en particular a Lucas 6.24: «¡ay de vosotros, ricos!, porque ya tenéis vuestro consuelo».

v. 26: una gran sima: Antes Lázaro no podía entrar a casa del rico a causa de una puerta cerrada. Ahora el abismo que separa al rico de Lázaro es paralelo a aquella puerta antes igualmente impasable.

v. 28: tengo cinco hermanos: Por primera vez el rico muestra compasión, aunque sea solamente hacia sus parientes más cercanos.

v. 29: a Moisés y a los Profetas: Este era un modo de referirse a lo que hoy llamamos el Antiguo Testamento. Aunque este se dividía en tres partes, la Ley o «Moisés», los Profetas y «los Escritos» —Job, Salmos, Proverbios, etc.— frecuentemente se hacía referencia a todo él como «Moisés y los Profetas» —particularmente por cuanto era precisamente en la Ley y los Profetas que se indicaba la conducta correcta. Luego, lo que Abraham le está diciendo al rico es que lo que Dios ya les ha dicho ya debería bastarles para saber lo que han de hacer.

v. 31: si no oyen tampoco se persuadirán: El rico piensa que si sus hermanos vieran un gran milagro creerían lo que «Moisés y los

RECOMENDACIONES EDUCATIVAS

Entre las recomendaciones educativas que pueden servir de guía en el desarrollo y análisis de la presente lección, están las siguientes:

- Un buen modo de recalcar el dramatismo de la parábola es leerla haciendo una lista de los contrastes entre el rico y el mendigo:

1. Un hombre rico, que viste ropas tan caras que solo los más ricos pueden llevarlas y da grandes banquetes todos los días —cuando los más ricos solamente daban banquetes de vez en cuando. Un pobre mendigo cubierto, no ya de ropas lujosas, sino de llagas que los perros lamen y que se contentaría con poder comer las migajas de los banquetes del rico.

2. El mendigo merece nombre, pero el rico no.

3. Mueren ambos. El mendigo es llevado por los ángeles y el rico sencillamente es sepultado.

4. El mendigo va al seno de Abraham y el rico al Hades.

5. Antes había una puerta que le impedía a Lázaro entrar a casa del rico y ahora hay un abismo entre el Hades, donde el rico está y el seno de Abraham, donde está Lázaro.

6. Antes Lázaro ansiaba comer de las migajas de los banquetes del rico y ahora el rico ruega que venga Lázaro y al menos le moje la lengua.

7. Abraham le dice al rico que antes él recibió bienes mientras que Lázaro recibió males.

8. El que recibió bienes en vida es atormentado tras su muerte mientras que Lázaro, quien nada tuvo, es consolado.

- Concluya la clase con la oración provista.

VOCABULARIO BÍBLICO

«**DIVES**»: Aunque este nombre no se encuentra en nuestras Biblias, frecuentemente escuchamos hablar de «Lázaro y Dives», como si se tratara de dos nombres propios. Esto se debe a que en la versión latina de la Biblia, conocida como la *Vulgata*, la palabra «rico» se traduce por «dives» —lo cual es una traducción exacta. A través del tiempo, según el latín cayó en desuso, se retuvo ese adjetivo y se hizo de él el nombre propio Dives. En realidad, Jesús no dice una palabra acerca del nombre del hombre rico.

«**SENO DE ABRAHAM**»: Esta frase, que en toda la Biblia aparece solamente en el pasaje que estudiamos, se utiliza frecuentemente en el *Talmud* —una colección de antiguos comentarios judíos sobre las Escrituras. Es un modo de referirse al paraíso.

Profetas» dicen. Abraham le responde que con lo que tienen les basta y que si no obedecen no es por falta de milagros, sino sencillamente porque no quieren y que ni siquiera el más grande de los milagros les convencerá.

Aplicación

Esta lección puede aplicarse al menos en dos dimensiones diferentes pero complementarias. La primera es la aplicación más común, en la que la parábola se ve como un llamado a

ocuparnos de las personas más necesitadas. La segunda, menos frecuente, pero igualmente importante, ve la parábola como una advertencia en cuanto a la relación entre la fe y la obediencia.

En cuanto a lo primero, no cabe duda de que el cuidado del necesitado y la defensa del indefenso es parte esencial del mandato bíblico —de

«Moisés y los Profetas»— donde repetidamente se le ordena al pueblo de Dios que se ocupe particularmente de los pobres, de las viudas, de los huérfanos y de los extranjeros. Por eso, en sus mejores tiempos la iglesia se ha distinguido por su servicio a los pobres cuando no había asistencia social, a los enfermos cuando no había hospitales, a los huérfanos cuando era costumbre sencillamente abandonarles. Hoy los gobiernos se ocupan —o dicen ocuparse— de tales cosas. ¿Cuál es nuestra responsabilidad? ¿Debemos usar del voto y otras influencias para asegurarnos de que el gobierno cumpla tales funciones? ¿Qué otras necesidades habrá en torno nuestro de las que pocos se ocupan? (Recordemos que, aunque el rico se desentendía del mendigo como si no existiera, en realidad sabía hasta su nombre).

¿Será que todo esto se les aplica solamente a los súper ricos como el de la parábola? Juan Crisóstomo, posiblemente el más elocuente predicador de todos los tiempos, se distinguió por su prédica a los ricos de Constantinopla, exigiendo que se ocuparan de los pobres. Les decía a los necesitados que nadie es tan pobre que no tenga algo que compartir. ¿Será cierto eso? ¿Qué tenemos que podamos y debamos compartir?

Lo segundo posiblemente sea el aspecto más sorprendente de la parábola. Lo primero no parece ser más que una reafirmación del gran vuelco y de la preocupación por los pobres que hemos encontrado repetidamente en Lucas. Ahora la parábola añade algo inesperado: quien no quiere obedecer, aunque se le presente el milagro más sorprendente, siempre encontrará una excusa para no obedecer. Abraham dice que los hermanos del rico, quienes no obedecieron a Moisés ni a los profetas, tampoco obedecerán si se les presenta uno que regrese de entre los muertos. ¡Lo más sorprendente es que quien pone estas palabras en labios de Abraham es nada menos que Jesús, quien poco después vendría a presentarse a los discípulos como el resucitado que regresó de entre los muertos! ¡Jesús dice que ni siquiera el milagro de la resurrección bastará para convencer a quien no quiere obedecer! Esto es lo que quise decir cuando, hace unos años, escribí lo que sigue:

«Los primeros lectores de Lucas tendrían bien claro que quien decía esto [que no creerían aunque alguien se levantara de entre los muertos] se levantaría él mismo de entre los muertos. Mucho se ha escrito tratando de probar la resurrección de Jesús. Tales tratados presuponen que si podemos probar esa resurrección las gentes no podrán sino creer. Pero eso no es cierto. El mayor obstáculo en el camino de la fe no es la falta de pruebas, sino el exceso de inversiones —inversiones en tiempo, dinero y sueños» (Justo L. González, *Luke: A Theological Commentary*. Louisville: Westminster John Knox Press, 2010, p. 198).

Al leer eso que escribí antes, recuerdo que en nuestro grupo de jóvenes en la iglesia era muy popular un poema de Amado Nervo en el que decía: «Si tú me dices ¡ven!», lo dejo todo... Pero dímelo bien fuerte, de tal manera que tu voz, como toque de llamada, vibre hasta el más íntimo recodo del ser...». Ahora que han pasado los años y particularmente al leer esta parábola, me doy cuenta de que, al tiempo que ese poema nos hacía pensar que éramos muy religiosos y que estábamos muy dispuestos a hacer lo que el Señor mandara, en realidad estábamos culpando a Dios por nuestra posible desobediencia. Decíamos que estábamos muy dispuestos y dispuestas a hacer lo que el Señor quisiera, pero solamente si nos lo decía bien fuerte. En otras palabras, que si no obedecíamos era porque no se nos había dicho claramente lo que deberíamos hacer. Si tan solo se nos dijera más fuerte, seguiríamos al Señor.

Esto parece ser lo que piensa el rico al pedirle a Abraham que mande a Lázaro a advertir a sus hermanos. Si tan solo vieran un milagro bien grande, sabrían lo que tienen que hacer, pero no: ya tienen a Moisés y los Profetas, de modo que saben sobradamente lo que deberían hacer. Si ahora se niegan a obedecer, igualmente se negarán a obedecer ante el más grande de los milagros.

Dietrich Bonhoeffer, el mártir que murió en Alemania por su oposición a las atrocidades y a la idolatría de los nazis, declaró que para creer hay que obedecer y para obedecer hay que creer. Con tal afirmación, Bonhoeffer no quería decir sencillamente que la fe lleva a la obediencia —sobre lo cual frecuentemente predicamos— sino que una de las principales razones para no creer es no querer obedecer. En la próxima unidad veremos el mismo tema en otras palabras: la relación estrecha entre la fe y las obras. Ya aquí la parábola lo declara: los hermanos que no obedecen lo que Moisés y los Profetas les han dicho claramente, tampoco obedecerán aunque un mensajero regrese de entre los muertos. Afirmar que en tal caso creerían es echarle la culpa a Dios, como si no les hubiera dicho con suficiente claridad lo que tienen que hacer.

Cuando no hacemos lo que debemos —en este caso, cuando no respondemos a las necesidades de personas menos afortunadas— ¿por qué no lo hacemos? ¿Será porque no sabemos qué es lo que debemos hacer? ¿Será porque Dios no nos lo ha dicho con suficiente claridad? ¿Será porque no nos ha sido dado el milagro o el llamado fuerte que nos convencerá? ¿O será más bien que no queremos obedecer y que por eso decimos que si Dios nos lo dijera más claramente —quizá hasta con algún milagro— obedeceríamos?

Resumen

- La parábola del rico y Lázaro, a pesar de sernos tan conocida, todavía nos sorprende. Esto no ha de extrañarnos, la Palabra de Dios siempre nos interpela, frecuentemente diciéndonos lo que no esperábamos.

- En esa parábola se contrasta radicalmente primero, al rico y a Lázaro y sus condiciones en la vida presente y luego, las condiciones de cada uno de ellos después de su muerte.

- Sobre la base de ese contraste, la primera enseñanza que podemos sacar es que como creyentes en el Señor de la parábola —Señor de Moisés y de los profetas— debemos ocuparnos de quienes tienen mayores necesidades. (En la Biblia las personas necesitadas y desamparadas que se mencionan repetidamente son los pobres, las viudas, los huérfanos y los extranjeros).

- La segunda enseñanza que hemos extraído de esta parábola —y que es muy fácil olvidar— es que hay una relación estrecha

entre obedecer y creer, como dos caras de la misma moneda. Sin una cara, la otra tampoco puede existir. Quien de veras cree, obedece. Quien de veras obedece, cree. En otras palabras, que el principal obstáculo en el camino de la fe no es la incredulidad, sino la desobediencia.

Oración

No permitas, Señor, que excusemos nuestra desobediencia pretendiendo que no nos has dicho claramente lo que debemos hacer. Ayuda nuestra incredulidad, de tal modo que creamos cada vez más. Ayuda nuestra desobediencia, de modo que te obedezcamos cada vez mejor. En el nombre del Resucitado, Señor de Moisés y de los profetas, Quien pasó por la muerte y volvió a la vida, Amén.

LECTURAS DEVOCIONALES PARA LA PRÓXIMA SEMANA

Lunes

Levítico 19.9-18

Miércoles

Lucas 16.10-17

Viernes

Santiago 4.1-12

Martes

Isaías 58.1-12

Jueves

Santiago 1.5-11

Sábado

Santiago 4.13-17